



Mauro Giuseppe Lepori

SAN JOSÉ
EL ECO
DEL PADRE

San José, el eco del Padre

100XUNO

Mauro Giuseppe Lepori

San José, el eco del Padre

Traducción de Beatriz Mel Ramírez



Título en idioma original: *San Giuseppe, l'eco del Padre*

© El autor y Ediciones Encuentro, S.A., 2021

© Ilustración de cubierta: Mauro Giuseppe Lepori

Traducción de Beatriz Mel Ramírez

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

100XUNO, n° 91

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

Impresión: Cofás-Madrid

ISBN: 978-84-1339-081-9

Depósito Legal: M-26808-2021

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda, 20 - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com

ÍNDICE

Introducción. La fraternidad de los hijos de José.....	7
El secreto de la libertad.....	15
Una sola palabra.....	18
Acoger todo de un modo nuevo.....	21
Poseer sin sofocar el don infinito.....	23
No entregar el alma a la concupiscencia.....	26
Cuidar la propia libertad.....	30
Basta un sujeto que no venda su alma.....	33
Poner las preocupaciones ante el Señor.....	36
Preocuparse por el reino de Dios.....	39
El sueño de san José.....	42
La pregunta por el sentido.....	44
Esposos unidos por el asombro.....	48
Atraídos por la plenitud.....	51
Aferrados por el Misterio.....	54
La herida de José.....	58
Los dolores de parto del padre.....	61
La «Piedad» de José.....	67
El gran silencio.....	70

Las pruebas y la prueba	74
El icono del Padre	77
Obedecer a la obediencia de Cristo	81
El gran misterio del amor	84
Los pensamientos de san José	86

INTRODUCCIÓN LA FRATERNIDAD DE LOS HIJOS DE JOSÉ

Mi abuelo José, conocido como Pep, debió enfadarse un poco con su santo patrón y tal vez con mi madre y conmigo cuando nací a las 23:07 del 18 de marzo, cincuenta y tres minutos antes del 19 de marzo. Llevando diez días de retraso, ¿no podía esperar una hora más para nacer el día de San José?! Sabía que era imposible que tuviera el mismo nombre, porque habría sido el homónimo exacto, con nombre y apellidos, de un político importante que era del partido contrario al de mi padre. Al final me llamaron Mauro, sin que se pudiera prever que este primer discípulo de san Benito probablemente favorecería mi vocación monástica. Pero mi abuelo no podía imaginarse que, exactamente treinta años después, siendo el 19 de marzo Domingo de Ramos, su nieto en aquel «maldito» 18 de marzo pronunciaría sus votos solemnes en la fiesta anticipada de san José, inspirándose en la frase del Evangelio de Lucas: «Jesús, al empezar, tenía unos treinta años, y se pensaba que era hijo de José» (Lc 3,23).

Los santos son detallistas y sorprendentes porque están en todo, piensan hasta en los detalles. San José, en especial,

es el santo que cuida lo general y lo particular. Piensa en todo y en todos, pero con tranquilidad. No pierde la calma como Marta. Tal vez porque sabe que Dios es el único capaz de tener en cuenta todo. A nosotros nos basta con estar preparados y dispuestos a servir para convertirnos en instrumentos dóciles y alegres en manos de Dios.

En todo caso, en aquel 18 de marzo de 1989, mientras me abandonaba para siempre al Señor en la vocación monástica cisterciense, estaba lleno de gratitud hacia san José, por su paternidad grande y tierna, tan atenta y humana.

Por este motivo, si tuviese que fundar una nueva congregación religiosa o un nuevo movimiento creo que lo denominaría «Fraternidad de los hijos de José». Probablemente no sería nada original, porque a san José ya se le ha dedicado de todo. En cambio, lo que sería original, en el sentido literal del término, sería el punto de partida evangélico y cristológico del proceso de formación y conversión que implica y requiere toda comunidad cristiana. Porque el mismo Hijo de Dios nació y creció en nuestra humanidad como «hijo de José». Aunque sea evidente que José no fue el padre natural del Hijo de Dios, esta expresión aparece en el Evangelio en cuatro ocasiones. Al principio de la genealogía de Jesús descrita por san Lucas, referida en el inicio de la vida pública de Jesús cuando cumplió treinta años, se dice que «se pensaba que era hijo de José» (Lc 3,23).

Cuando Jesús, después del bautismo y de los cuarenta días en el desierto, fue a la sinagoga de Nazaret, la gente que lo escuchaba quedó sorprendida por su sabiduría y no

entendían cómo pudiese venir del hijo de José: «Y todos le expresaban su aprobación y se admiraban de las palabras de gracia que salían de su boca. Y decían: ‘¿No es este el hijo de José?’» (Lc 4,22).

En el mismo periodo, Felipe, uno de los primeros discípulos que conoció a Jesucristo, corre a comunicárselo a su amigo Natanael: «Aquel de quien escribieron Moisés en la ley y los profetas, lo hemos encontrado: Jesús, el hijo de José, el de Nazaret» (Jn 1,45). Natanael, aunque veía con escepticismo el origen de este Mesías, acepta ir a conocer a Jesús. Se queda tan impresionado que exclama: «Rabí, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel» (Jn 1,49). Reconoce por tanto y confiesa sin dudarlo que el «hijo de José» es «Hijo de Dios».

El cuarto uso de la expresión «hijo de José» que aparece en el Evangelio es menos entusiasta. La encontramos en boca de los judíos que acababan de escuchar a Jesús decir: «Yo soy el pan bajado del cielo». Y decían: «¿No es este Jesús, el hijo de José? ¿No conocemos a su padre y a su madre? ¿Cómo dice ahora que he bajado del cielo?» (Jn 6,42).

Es evidente que la paternidad de José definió la identidad de Jesucristo. Tanto para quien lo amaba como para quien lo despreciaba, Cristo era el «hijo de José». Era como si su apellido —unido al nombre de la aldea donde había crecido— lo identificara humanamente, al igual que cualquier otra persona es definida por sus padres, por su lugar de origen y por sus parientes cercanos o lejanos.

Sin embargo, para nosotros, como para los discípulos que antes o después le reconocieron como «Hijo de Dios», la expresión «hijo de José» tiene un significado mucho más profundo que el del mero parentesco. Nos permite entender que hasta que tuvo treinta años, el Hijo de Dios creció y se educó en un ambiente humano básico, en una determinada familia, una aldea, una sinagoga, con un trabajo particular, el de carpintero, y una religión con sus costumbres, sus gestos, sus ritos y sus peregrinaciones. Si con treinta años Jesús era presentado como el «hijo de José», quiere decir que el Hijo de Dios creció en humanidad y entre la humanidad dentro de un ámbito educativo definido por la paternidad humana de san José.

Podemos imaginar lo que supuso esto para Jesús por lo que influye todo padre en su hijo. Es verdad que los seres humanos en esta tarea suelen decepcionar. ¿Quién de nosotros no tiene problemas o límites en su propia persona que pueden provenir fácilmente de los límites e incapacidades de sus padres? Caín mató a su hermano después del pecado de sus padres. Pero la bondad de Abel también tenía sus raíces en todo lo bueno que tenían Adán y Eva.

Jesucristo era verdadero Dios convirtiéndose en verdadero hombre. No podemos pensar en su maduración humana dentro de la relación filial con María y José como si se hubiera tratado de una pía simulación. Es un rasgo humano el hecho de que la madurez de una persona necesite un ámbito educativo compuesto de personas que amen y quieran el bien del hijo, de la hija. Este lugar acompaña en

un recorrido de crecimiento físico, psicológico y espiritual que dura toda la vida, aunque funda sus raíces en la relación educativa elemental que es la familia. Es impresionante pensar que el Hijo de Dios pasó treinta años cuidando las raíces de su personalidad humana, consagrándose a las flores, a los frutos, durante tres años exclusivamente. Para poder llevar el fruto de un amor infinito, que dona toda la vida a todos, el fruto de la Cruz, el fruto de la Salvación, Dios no necesitaba tanta preparación, tanta maduración. Pero todo lo que Cristo vivió, lo vivió por nosotros, para ofrecernos un lugar de crecimiento humano dentro su vida divina, un lugar de crecimiento de su vida como Hijo de Dios participando de nuestra humanidad. Este lugar es la Iglesia, pero no podemos captar el alcance y espesor de la compañía que la Iglesia nos ofrece para nuestra maduración en Cristo sin penetrar en la vida terrenal de Cristo, en el Evangelio, sin profundizar en los rostros y las relaciones en los que la humanidad de Cristo, el Verbo encarnado, vino a habitar y caminar entre nosotros (cfr. Jn 1,14). En sus treinta años de vida en Nazaret, Cristo se tomó en serio nuestra humanidad y el crecimiento humano que cada uno de nosotros está llamado a recibir, vivir y transmitir.

En este sentido, hay que observar con una atención especial el rostro de José, al igual que el de María. Si Dios escogió este hombre —con su humanidad, su corazón, su afecto, su trabajo y su casa—, para formarse humanamente, durante casi treinta años, para ser reconocido como Hijo de Dios en nuestra humanidad, no puede dejar de

ser importante para nosotros, para nuestro crecimiento en Cristo, su padre putativo. Porque Jesús aprendió de José a ser hijo. Y, si después vivió y murió para manifestarse como Hijo de Dios, para donarnos ser hijos de Dios con él, debemos darnos cuenta de que Jesús aprendió de José qué significa para los hombres tener un padre, ser hijos de un padre. Realmente, Jesús no pudo anunciar al Padre bueno de los cielos sin pensar en el rostro de san José y en su relación con él. No pudo hablar de la obra del Padre sin pensar en el modo que tenía José de trabajar. No pudo anunciar que el Padre cuida de cada criatura, especialmente de los pequeños y los pobres, sin pensar en el modo en que José custodiaba su vida y la de su madre en cada circunstancia alegre o triste de su vida familiar.

Entonces, ¿por qué no miramos también nosotros como un tesoro este lugar de crecimiento humano en que el Hijo de Dios gozó con amor y gratitud? ¿No podemos también nosotros crecer en Cristo y dejar que Cristo crezca en nosotros haciendo referencia a la paternidad de José de Nazaret y abandonándonos a ella? Desde hace siglos la Iglesia ha entendido la importancia y utilidad de abandonarse a su cuidado, en muchos momentos y aspectos de la existencia humana. El año que el papa Francisco ha dedicado a san José es una muestra de ello y renueva esta confianza. Pero el mismo mundo en el que vivimos, donde vive toda la humanidad, este mundo de huérfanos que vagan sin puntos de referencia ni vías de acompañamiento; este mundo es el que nos recuerda la urgencia de poder

San José, el eco del Padre

San José fue llamado a materializar la paternidad de Dios hacia el Hijo encarnado. Una vocación, un camino, vividos en el silencio, porque tendía a la escucha de una Palabra que se hizo Presencia en su casa. Con él, Dios Padre no ha querido simplemente una «sombra» de su propia paternidad, sino un icono viviente. San José nos enseña que cada uno de nosotros está llamado a una fecundidad de vida más profunda que todas las apariencias, porque es la fecundidad de Dios que se dona en el Hijo por el amor del Espíritu Santo.

«Este mundo de huérfanos que vagan sin referencias es el que nos recuerda la urgencia de poder encontrar un padre humano que nos eduque en la filiación divina, un hombre que el Espíritu Santo ha vuelto capaz, en la obediencia silenciosa, de educar humanamente al Hijo de Dios. No lo hizo solo por Jesús: lo hizo por Jesús en favor nuestro. La compañía paternal de José de Nazaret se nos ofrece silenciosamente para seguir junto a María su gran obra, donde Cristo crece como Hijo de Dios en nuestra humanidad». — M.G. Lepori



ISBN: 978-84-1339-081-9



9 788413 390819